

EDITORIAL

“Que vuestro gozo sea pleno” (Juan 15, 11)

“Para que seamos felices... y nos mantengamos en vida, como hoy” (Deuteronomio 6, 18.24)

Testimonio, en su número dedicado a los retiros, recoge la temática del Jubileo, acogiendo los desafíos propuestos por el papa Francisco para este año santo. El lema, “La esperanza no defrauda” (Romanos 5, 5), es el norte inspirador de este camino espiritual. Queremos acompañar este proceso de conversión personal e institucional con gozo y paz en el Señor.

Somos invitados, una vez más, a purificar nuestras motivaciones humanas y espirituales para una mayor fidelidad al Señor Jesús y a su Evangelio, en medio de un mundo convulso con tanto dolor, muerte y destrucción.

Acogemos esta convocatoria tratando de ser fieles al significado bíblico del “año de gracia”, donde no podemos olvidar su dimensión reparadora o retributiva. Por eso, es relevante responder a algunas preguntas que pueden depurar nuestras motivaciones para vivir con sentido evangélico este jubileo, en el que somos invitados a ser “peregrinos de esperanza”: ¿cómo estar felices o jubilosos entre tanto fracaso?, ¿de dónde tomar fuerzas en nuestra vida de fe para no caer en la desesperanza ante tanta inhumanidad, que pareciera desmentir la fuerza de la resurrección y afirmar el triunfo definitivo del mal?

En este número hacemos un esfuerzo para dejarnos inspirar en algunas obras del escultor chileno Mario Irarrázabal. En estos tiempos en que la palabra tiende a desgastarse y los conceptos pierden capacidad comunicativa, queremos apelar a la imagen, a la belleza del arte para dejarnos tocar y conmover. En estas esculturas queremos mirarnos a nosotros mismos, conectarnos con las intuiciones que el autor quiso plasmar en ellas, reconocer la trascendencia que sugieren sus formas.

Por otra parte, un Jubileo, y en particular el de la Vida Religiosa, nos invita a reflexionar sobre el gozo y la felicidad de nuestra consagración, a través de los votos, la vida de oración, la vida comunitaria y el apostolado. Se nos interpela en este Jubileo a renovar nuestra vida de oración y poner en práctica la sinodalidad en nuestros ámbitos pastorales y comunitarios.

“Jubileo” deriva del *yobel*, el sonido del cuerno de carnero que marca el inicio del Día de la Expiación. La celebración del Jubileo se remonta a la tradición bíblica (ver Levítico 25, 8 ss. y Deuteronomio 5, 4) que establece un año de perdón y restitución cada 50 años. En el Nuevo Testamento, el apóstol Pablo desarrolla este lenguaje jubilar en Romanos 8, 22-23 y 10, 14-15. Pero no cabe duda que la persona de Jesús es central en la experiencia de un “año de gracia”. Él es el portador de la plenitud de la unción del Espíritu, que ha venido para “dar la Buena Noticia a los pobres, y proclamar un año de gracia del Señor” (Lucas 4, 19).

Este tiempo no solo busca restablecer relaciones justas entre Dios, las personas y la creación, sino que también nos desafía a poner en práctica nuestra fe ante los retos contemporáneos. En efecto, celebrar el Jubileo es un compromiso hacia el futuro, donde la utopía se convierte en un motor que nos impulsa a caminar hacia un mundo más justo y solidario.

De este modo, la espiritualidad del Jubileo se fundamenta en la atención a los signos de los tiempos y en la misión de Jesús, que vino a liberar a los oprimidos y a proclamar un año de gracia. Este concepto teológico se articula en tres ejes: el júbilo que nos llena de esperanza, la salvación que abarca a toda la humanidad y la idea de restitución y renovación. En este sentido, el Jubileo no es solo una celebración, sino una invitación a transformar nuestras relaciones y estructuras sociales, políticas y económicas que son injustas. De esta forma, el Jubileo se convierte en un llamado a la acción, recordándonos que el futuro siempre está abierto a nuevas posibilidades de alegría, gracia y transformación.

Los autores de las meditaciones para cada retiro nos ayudan a adentrarnos y transitar por la “alegría” y las implicancias que ella tiene para nosotros, los religiosos/as. Se afirma que este júbilo o gozo es un elemento vital en la vida consagrada; no es simplemente un sentimiento, sino una fuerza dinámica que surge de una relación profunda con el Evangelio y de una vida fraterna auténtica. Esta alegría, arraigada en la esperanza y alimentada por la reciprocidad que supera la fragmentación, permite a las personas consagradas superar las limitaciones y los desafíos, transformándolos en oportunidades de crecimiento personal y espiritual.

En estas páginas se insiste en que la alegría se cultiva en comunidad, donde el amor y la fe se entrelazan para crear un ambiente de aceptación, apoyo e inclusión. Esta alegría compartida se convierte en un testimonio

contagioso del amor de Dios, atrayendo a otros a unirse a esta manera concreta de experimentar la alegría del Evangelio.

En última instancia, la alegría de la vida consagrada es un reflejo de la alegría pascual, un signo de esperanza y renovación que impulsa a las personas consagradas a responder a las necesidades del mundo actual, caminando junto al pueblo fiel, con valentía y generosidad, confiados en la compañía amorosa de Dios. De manera que podemos afirmar con el salmista: “Sólo en Dios descansa mi alma, de él me viene la esperanza” (Salmo 62, 6).

RENÉ CABEZÓN YAÑEZ, SS.CC.

Director